



LA ÚLTIMA ETAPA DE LA REO

Valdez, punto y final

Alaska es un mito. La última frontera. La fiebre del oro, el oleoducto del Ártico, el sol de medianoche, el destino más alejado para los buscadores de sueños de libertad. Y también el final de mi vuelta al mundo.





Éste es el final de la Ruta de los Exploradores Olvidados, Valdez.



En estos parajes aún puedes encontrar construcciones curiosas, como esta iglesia iglú.



En este último tramo fuimos cuatro jinetes los que tomamos la ruta hacia Valdez, nuestra última etapa.

Los paisajes en ruta hacia Anchorage te inducen al mal de Stendhal en cada curva...



@MIQUELSILVESTRE M. SILVESTRE

Alaska es mi objetivo al abandonar la fría comodidad de Vancouver, donde he pasado un mes esperando la llegada de Atrevida, mi BMW GS 1200 bautizada en honor a una de las corbetas de la Expedición Malaspina. Alaska significa el fin de la Ruta de los Exploradores Olvidados, viaje que llevo realizando casi un año, con el objetivo de pisar los mismos lugares hollados por los españoles más bravos y, sin embargo, menos conocidos y recordados. Aquí está Valdez, topónimo en español más septentrional del planeta. Fue fundada en el siglo XVIII por el catalán Salvador Fidalgo. Alcanzar ese hito concluye un periplo que me ha llevado de Etiopía a Filipinas pasando por India o Borneo.

Atravieso la bellísima región de la Columbia Británica. Bosques, lagos, montañas. Supone un auténtico deleite para mis sentidos. Me recomiendan viajar por la Cassiar Highway, mucho menos transitada que la Alaska Highway. Es una carretera fabulosa que discurre entre ríos y gargantas. Circulo entre valles interminables y cordilleras nevadas. Viajo solo durante muchísimos kilómetros. Las distancias entre poblaciones son interminables. Cuanto más al norte viajo, menos gente

encuentro. Me siento feliz, descomprimido, eufórico. Disfruto sin ambages del placer de dejarme llevar por el imán del horizonte. Las cimas nevadas al fondo, el bosque a los lados, el asfalto liso. Inmerso durante tantos meses en el infierno circulatorio de África, India y Asia, esta desolación se me antoja como el más perfecto paraíso.

En Terrace cojo la pista de grava que circula paralela al lago Kitsumkalum y que penetra en la selva como un cuchillo mal afilado. En cuanto me introduzco en la floresta descubro una mancha oscura que cruza velozmente de un lado a otro. El corazón me da un brinco. Apenas ha sido un segundo, pero ya sé que no estoy solo. El oso está ahí. Intento recordar sin éxito las recomendaciones leídas en los folletos que las autoridades turísticas reparten en moteles y centros de información.

El encuentro

La Cassiar termina nada más cruzar la linde con el Yukón. La Alaska Highway es la vía principal usada por camiones, autocaravanas y motoristas. A partir de Whitehorse está convertida en un auténtico patatal. El invierno destruye el asfalto. El problema es que cada vez hay menos gasolineras. El precio del combustible es disparatado, y la venta de merchandising

I survived Alaska Highway, una constante. Cuando llego a la frontera con Estados Unidos, un solo policía de ojos azules examina mi pasaporte. Me habla en español. Ha estado destinado en El Paso y su mujer es mejicana.

Tok es un pequeño núcleo urbano de casas dispersas. Campings, restaurantes y supermercados que despiertan del oscuro letargo invernal y tratan de hacer el agosto en cuatro meses de luz solar y algo de calor. En el restaurante Fast Eddie's veo que está aparcada la pequeña BMW 650 GS de Alicia Sornosa, a la que bauticé Descubierta, como la corbeta que comandaba Alejandro Malaespina, compañera de Atrevida. Entro en el local. Está sentada delante de su ordenador. Sonríe al verme. Se levanta y me acerco a grandes zancadas. Nos damos un abrazo.

A unos cincuenta kilómetros de Tok comienza la Top of the World Highway, una pista de montaña que cruza de Alaska a Yukón y que sólo abre en verano. A mitad del recorrido aparece una posta decrepita con dos surtidores oxidados, una tienda de recuerdos y un camión cocina que vende hamburguesas. Es Chicken, una pequeña comunidad fundada por mineros.



Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Domingo Ortego, Alicia Sornosa, un servidor y Fernando Quemada.

La linde fronteriza de Poker Creek está en lo alto de una loma. Es la frontera más al norte entre Estados Unidos y Canadá. Hay dos agentes muy jóvenes. Están acostumbrados a los moteros que vienen y van. El río Yukón es inmenso, caudaloso, y no hay puente. Una barcaza traslada vehículos gratuitamente al otro lado, que es donde se encuentra la ciudad nacida al calor de la fiebre del oro del Klondike. En 1897 se desató una histeria colectiva en Estados Unidos y cien mil personas se pusieron en marcha para alcanzar este lejano territorio.

Dawson City nos recibe con sus calles sin asfaltar, sus edificios de decorado de espagueti western y sus decenas de chalados, hippies y personajes de cómic que buscan el final del mundo. A ellos hay que sumarles los doscientos sesenta motoristas que han traído sus trail hasta la Dust to Dawson 2012. Allí nos encontramos con Domingo Ortego, un seguidor de la REO por Internet que ha decidido hacer realidad su sueño de acompañarme hasta Valdez. Compró una moto en Miami y ha hecho la machada de llegar hasta Alaska en menos de un mes.

La Dempster Highway es el gran desafío canadiense. 770 kilómetros de pista de grava que suben directamente al Círculo Polar Ártico, y una sola gasolinera. Los parajes son espectaculares. Primero nos reciben unas montañas pétreas y peladas. Luego se extienden los páramos. Más adelante seguimos paralelo a un río de color ocre y que huele a azufre. Estamos agotados pero no podemos detenernos. La jornada se hace interminable. La Dempster no es difícil. Es larga.

Sin palabras. Una cosa está clara: donde no hay civilización, la naturaleza aún existe...



Esto es el verdadero fin del mundo. Imposible ser normal con ocho meses de oscuridad y cuatro de luz durante veinte horas

Eterna. Ya no hay bosque ni pradera, sino una sucesión de árboles delgados, ralos y miserables sobre cuyas copas desmochadas se esconde un sol rojo que no calienta. Cuando llevamos ya más de doce horas conduciendo aparece Eagle Plains en una recta en mitad de la tundra. Aquí es donde está la única gasolinera y el único hotel. El precio es altísimo: 160 dólares. Pero no hay opción ni competencia. Traer víveres hasta aquí es complicado y costoso. El agua la bombeamos desde kilómetros de distancia para mantener esta aislada posta en mitad de la nada.

Exhaustos

Alicia va a toda mecha cuando está seco. Admiro su pericia. Ha aprendido mucho desde que salimos de España. Va erguida sobre la moto, los hombros relajados, las manos sueltas, el manillar ligero. Se acabaron los agarrotamientos de África cuando cada tramo de arena o piedra era un suplicio.

Cruzamos la frontera de Northwest Territories cuando va a descargar la tormenta sobre la inmensidad del Tombstone



El glaciar Stewart, inmenso, otra de las postales increíbles que presencié 'Atrevida'!

Park. El viento arrecia. Hace frío. Entonces el infierno se arroja sobre nosotros. Granizo, rayos, truenos. No hay refugio alguno. Con el agua, la pista se convierte en una pista de patinaje. Lo que ayer era paraíso hoy es el averno. Y así tenemos que circular durante horas y coger dos barcazas que crucen caudalosos ríos.

Estamos agotados. Siento que el cansancio puede ser peligroso. Todavía quedan 50 kilómetros hasta Inuvik, y eso supone más de una hora. No tenemos provisiones y todos deseamos una cama y una cerveza, pero aunque el sol no se ponga, sabemos que es muy tarde. Alguien debe tomar una decisión. Es en estos momentos cuando ha de ejercerse el liderazgo por el bien del grupo. Alicia seguiría conduciendo para alcanzar esa cama con la que sueña, pero eso nos pondría en riesgo a todos. Ordeno parar y montar las tiendas. Nos rodean millones de mosquitos hambrientos, pero no hay más remedio. En cinco minutos están plantadas y en diez estamos roncando.

A las 9 nos despertamos, recogemos en un santiamén y salimos. No lueve y en una hora pisamos el asfalto que lleva del aeropuerto a la ciudad. Aparecemos en el centro de un poblachón destartado que vive de los subsidios y los altos sueldos que se pagan por mantener a la gente aquí. Una iglesia católica con forma de iglú. Casas bajas, edificios dispersos, calles sin asfaltar, nativos alcoholizados, dos estaciones, pocos hoteles y caros y un B&B por 115 dólares. Barracones. Tiene aspecto de ciudad prefabricada, de campamento de refugiados. Todo llega hasta aquí en avión durante el verano y en camión por carretera helada en invierno. Esto es el verdadero final del mundo. Viven 3.500 personas y ninguna parece normal.

Imposible ser normal en un sitio con ocho meses de helada oscuridad y cuatro de luz durante veinte horas.

Parece una postal sacada de las antiguas películas de buscadores de oro. Klondike está cerca...



La densidad de población es ridícula. Encontrarse a alguien es toda una casualidad. Paz.



Hay carreteras, pero también muchísimas pistas de arena que te llevan a donde nunca imaginarías.





En Alaska, todos los paisajes son increíbles, inmensos, majestuosos... Te sientes una hormiga.

Valdez es el final de la Ruta Exploradores Olvidados. Para terminar la vuelta al mundo aún tendré que llegar hasta Nueva York, en la costa este, y luego mandar la moto a España, pero alcanzar Valdez, ciudad que ya tengo a pocos miles de kilómetros, supone culminar un proyecto personal.

En este punto se nos une Fernando Quemada, quien será el primer español en recorrer los cinco continentes en un solo viaje. Así que seremos cuatro, contando a Alicia y Domingo. Tras dejar atrás el cruce de Glenallen, tomamos la Richardson Highway, la carretera más antigua de Alaska, que une Valdez con Fairbanks.

Paramos a repostar a unos 100 kilómetros de Valdez. No es una gasolinera, sino un restaurante de madera con surtidor, tienda de regalos, cabinas y una gigantesca roca rodeada por una cadena y un cartel que dice que es la piedra mascota más grande del mundo.

Seguimos. El paisaje se hace cada vez más y más grandioso. Tenemos que parar forzosamente cuando subimos a las montañas y aparecen los glaciares azules sobre un fondo de hierba.

Un coche de policía falso, para 'acojonar' a los turistas...



El contacto con la naturaleza es directo. Es fácil encontrarse con osos en las pistas.



Y llegamos. Cuando arriba hasta el mismo precipicio estoy ebrio, enloquecido, emocionado. El paisaje es tan inmenso, puro y primigenio, que ante él me siento tanto su conquistador como una hormiga sin importancia.

Nos ilumina la luz del norte. Esa luz que nunca se apaga aunque pasen veinte horas. Es impresionante. Es grande. Es real. Estamos aquí. En uno de los lugares más sensacionales del planeta. En Alaska, al borde mismo del glaciar de Valdez.

Aquí y ahora sólo somos cuatro amigos que han vencido las inclemencias y las dificultades para hollar una cima. Es un momento que puede valer una vida, que justifica todos los esfuerzos y padecimientos. Me doy cuenta de que éste es el mejor final que podía tener mi viaje, que prefiero haber venido con ellos que concluir la REO como un anacoreta. Aquí y ahora están los auténticos exploradores que he venido a buscar.

INFORMACIÓN ÚTIL

Requisitos entrada

Canadá

Moto: Carné de Passage expedido por el RACE

Personales: Pasaporte con seis meses de vigencia EE.UU.

Personales: Pasaporte con seis meses de vigencia y autorización electrónica ESTA

Alojamiento

Bell 2 Lodge

<http://www.bell2lodge.com/>

Whitehorse, Camping Robert

<http://www.robertservicecampground.com/>

Motel Eagle Plains

www.onroute.com/destinations/yukon/eagle-plains.html

Inuvik, Bed and Breakfast Polar Bear

<http://polarbedandbreakfast.com/>

Valdez, Best Western Motel www.valdezharborinn.com